



COLECCIÓN
FICCIONES REALES

Director: Cristian Alarcón



Ficciones Reales son las que se conciben desde el periodismo y se escriben desde la literatura. En estas historias de largo aliento, el lector puede dejarse llevar por las tramas de lo real con el vértigo, la emoción y la intensidad de la novela o el cuento. Los cronistas de Ficciones Reales son investigadores implacables de la complejidad y de lo que se oculta detrás de las noticias. Con el rigor de la mejor investigación y la potencia de la narrativa se sumergen en lo contemporáneo para relatar lo que no se puede contar con los formatos del periodismo clásico.



Luisa Valenzuela

Los tiempos detenidos

Encierros y escritura



Todas las pestes la peste

A manera de introducción

¿Qué tengo entre manos? ¿Una historia de virus? Dos virus distintos, pero ¿cuál es el plural de virus? ¿Viruses o virii? Viruses me gusta más, por informal en apariencia. Igual seguiré diciendo virus, así, simplemente, porque estos invasores invisibles son plurales por derecho propio y por incontenible proliferación.

Y si, tal como dice Burroughs y canta Laurie Anderson, el lenguaje es un virus del espacio exterior, podemos asumir que todos los virus son una forma de lenguaje. Los he estado escribiendo en su diversa manifestación en dos oportunidades, a diez años de distancia la una de la otra.

Los tiempos detenidos es un buen título para unir ambas partes de estas disquisiciones solo en apariencia desconectadas. La primera suspensión temporal fue obra de un virus personal e intransferible, como rezan ciertas invitaciones solemnes, y hace referencia a la noche oscura de la mente. Mi alma, de existir, parecía haber dimitido en esos meses post meningoencefalíticos.

La segunda detención no por ser diurna resulta menos ominosa. Es el interior universal de las propias guaridas a las que nos ha confinado el nuevo virus, corona él, compartido con el planeta en pleno, nuestro pobre planeta maltratado.

Noche y día. En ambos casos se trató de una búsqueda para recuperar el don de la escritura, don que no nos pertenece en absoluto, sino que nos es otorgado desde fuera. Un regalo, eso es, que no alude a fatuidades ni a autoaplausos

sino a cierto estado de gracia cuyo acceso parecería ser aleatorio. La gracia, el agradecimiento... no resulta fácil encontrar dicho estado. Nos espera más allá de los muros del decir y quizá pueda llamarse inspiración, después de todo, no como toque de varita mágica y soplo divino sino como algo que llena los pulmones de aire nuevo.

La magia está en la sorpresa, en el espíritu que nos habita cuando por fin logramos –si logramos– sumergirnos en la escritura.

Y acá se presentan dos cuerpos de un único edificio escritural, redactados con una década de separación, y me asombra la diversidad de la materia con la que cada cuerpo ha sido construido a pesar de que la argamasa haya sido equivalente.

¿Argamasa, un virus? No: detonador.

Todas las pestes la peste.

La búsqueda del decir por caminos diversos, gatillada por disparadores equivalentes...

Ahora que tengo ambos cuerpos del libro a la vista me asombro. El virus propio, 2010, me despertó una veta poética que no tenía registrada. El virus 2020, compartido en su latencia, en su amenaza, me sumergió en un humor patafísico, desconcertante dadas las aciagas circunstancias. Tan diferentes un lenguaje del otro y sin embargo la apelación a la risa late en ambas instancias como remedio ineludible. O al menos deseable.

Eso espero.

INTERIOR NOCHE

2010

*Si la morada del ser es el lenguaje
y yo digo que se escribe con el cuerpo,
al irme de mi cuerpo me fui del lenguaje,
o quizá fue a la inversa y nunca podré saberlo.*

Cuaderno gris

Julio 2010

¿Cómo escribir esto?
No, no es esta la pregunta, la pregunta es ¿cómo escribir? Y punto. Qué hacer para recuperar el milagro de encontrar las palabras, una vez más; las palabras para decir aquello que está del otro lado de la anécdota, de la banal descripción de hechos que no van más allá de sí mismos. Es decir, entender, intentar entender, porque de eso se trata el escribir aunque sea una exigencia inalcanzable. Inalcanzable por suerte, y por eso mismo insistimos. Y procuramos sacar algo de la nada gracias a esa entelequia que llamamos arte, aunque ahora el vocablo acarree connotaciones pretenciosas, adjetivo que viene del verbo pretender, es decir anhelar, aspirar, soñar con un más allá del decir que dice mucho más aun a pesar nuestro.

He sido una viajera impenitente y obcecada. Llena de una pasión que me viene de lejos, de la infancia y sus aventuras inventadas. La imaginación fue mi primer medio de transporte cuando exploraba, inventando aventuras selváticas, el terreno baldío que estaba a la vuelta de la manzana. Pero a lo largo de años –los muchos años, si bien del tiempo pasado no tengo conciencia de pérdida sino de acumulación– abordé todo tipo de vehículos. Desde los grandes transatlánticos a los barcos de carga y la *feluca* egipcia, de los aviones a hélice y los jumbos, y los *rickshaws* y los tuc-tucs y hasta algún

manso camello para no hablar de caballos de todo tipo, de monta y de tiro. Viajé a tracción a sangre animal, vegetal y hasta humana, en ciclotaxis. Tracciones de todo tipo menos tracción a sangre propia.

Así hasta marzo de este año 2010 que suena y luce tan elegante. Porque para el largo viaje emprendido siete meses atrás –viaje al fondo de la noche– mi medio de transporte fue un virus. Anónimo él, hasta hoy indetectado aunque finalmente, por fortuna, expulsado de mi organismo; un virus que se alojó en mi cerebro y que mientras allí se mantuvo hizo estragos. Es decir, su trabajo de virus. Y me transportó al fondo oscuro de mí borrándome de un plumazo los recuerdos de ese viaje. O casi. Por eso mismo trataré de reconstruirlo ahora que puedo. Y que me animo. Porque hasta una semana atrás no quería saber nada de nada y ahora sí: quiero saber. De esto se trata el estar en vida. Y el retomar la escritura.

La voy recuperando, a la escritura, y una vez más salgo al encuentro de ese decir que nos permite ver las palabras a trasluz. Me hace bien. Porque al emerger del largo letargo estaba convencida de ya no poder escribir más, y no me importaba. Si bien alguna vez lo supe, había olvidado que el escribir es una forma de pensar, de estructurar la llamada realidad, de exprimirla para intentar extraerle algún sentido. Como quien exprime un limón, digamos, o hace jalea de una fruta que de otra forma resulta indigerible. ¿Se le agrega azúcar a la realidad, se la endulza al escribirla? En absoluto. Es apenas una metáfora. Encontrar los valores metafóricos en un intento de descifrar el símbolo, de derivar sentido o bien algún significado. Eso. Para lo cual, más allá de habilidad o talento, se requiere entusiasmo. Y era lo que me faltaba, lo que con la enfermedad me había abandonado. Ni un adarme me quedaba, ni un atisbo, ni siquiera el concepto que encierra la palabra Entusiasmo.

Cierto día de abril volví del planeta Marte. Abrí los ojos y estaba erizada de tubos en una habitación blanca, en una

cama blanca, todo blanco, también la gente a mi alrededor, mi hija Anna Lisa entre otros, todo el mundo envuelto en delantales de hule blanco y con barbijo. Miré espantada. No te preocupes, me dijo Anna Lisa, es para no contagiarte, tuviste meningitis, te estás recuperando, lo mismo tuvo Saccomanno y ya está casi bien.

Meningitis. Carajo. Se me vino encima el viaje de febrero por Oriente, con mi nieto Gaspar y sus diecinueve años de a ratos inmanejables. Bangkok, toda Birmania (perdón, Myanmar). Reviví las muchas instancias en que me aconsejaron no viajar, con una muñeca rota poco tiempo atrás, si bien ya ferulizada. La mano izquierda. Pero tan leve inconveniente no me iba a detener. Tampoco me detendría aquel tropezón en ignota ciudad birmana camino al misterioso lago Inle, cuando tropecé y por proteger la mano enferma me fisuré la sana. Y así seguí, con las dos manos vendadas, y en lo posible en alto para que circulara bien la sangre, no para rendirme. Porque tardé en rendirme. Tomando la sopa con pajita y bañándome bajo la ducha sentada en un banquito, pude continuar el camino trazado hasta que llegamos a Angkor Wat en Camboya donde, entre las ruinas del esplendoroso y antiquísimo templo Khmer, sumidas en el bosque entre lianas, me dediqué a buscar sin la menor esperanza por supuesto pero con la mayor atención, al mítico, angelical zelofonte de suave pelambre dorada y ojos sabios creado por mi madre como su último legado a la humanidad, un legado de humor, erotismo y esperanza.

Y al poco de regresar, la meningitis. ¡Qué manera de buscarse las pestes!

Eran esas percepciones fugaces. Y al rato no más una nueva inmersión en el mar de la inconciencia. Un ir y venir, noches que eran como días de desasosiego y días como noches letales. Frases. Tiempos de no poder armar una frase, no poder responder con corrección a una simple pregunta: había nacido en el año 1209 (número de la calle de mi casa de infancia, a la vuelta manzana de aquel baldío de aventuras), tenía tres hijos en lugar de una sola (incorporé a los

hijos de ella, quizá para acabar con sus reproches por ser hija única).

Yo dormía, o caía en coma o semicoma. Hibernaba. Lo que fuera. Cada tanto alguna frase salía de mi boca sin que yo lograra registrarla. Recuerdos imposibles, inasibles como las horas en las que se desencadenó la enfermedad, con fiebre y feroz dolor de cabeza según me cuentan, antes de que me llevaran a la clínica. Una clínica anterior, no la que yo puedo recordar.

Un mes y medio internada. Sin tiempo. Y una única percepción o alucinación o *satori* en ese largo período de no estar en parte alguna, como en un pozo inconmensurable, respirando apenas, casi *cyborg* enchufada a los diversos tubos. La única percepción que tuve, o que pude rescatar del pozo, no era desagradable: vagaba yo por una penumbra parda, algodonosa y quizá cálida, para nada inquietante. Avanzaba tranquila, sola sin que la soledad me pesara en absoluto. En realidad nada me pesaba, todo parecía liviano y no había tiempo. Así duró lo que duró ese deambular por el espeso aire brumoso, días, segundos, lo que fuere, cuando de golpe llegué a la cortina. Cortina negra. El telón de un negro tan profundo como no hay otro, carbón puro, imposible y dúctil. Debía seguir avanzando, atravesarlo, pero supe en un instante que lo que me aguardaba del otro lado era la muerte.

La muerte como siempre la quise: la desaparición total.

Pero la desaparición total en la más absoluta negrura, algo imposible de aceptar, de asumir. Desaparecer definitivamente es lo que siempre quise de la muerte, me dije en esa precisa instancia, y me dije pero no así, así no, no quiero. Mi susto fue mayúsculo, hice una lista de todo lo que me esperaba por hacer –es decir escribir– y eso me detuvo al filo de la cortina. Al filo de la muerte, quizá. Vaya una a saber. La larga lista de obligaciones, como un no poder abandonar este valle de lágrimas o lo que fuere, antes de cumplir con todo aquello para lo cual había llegado al mundo.

Recuperada la conciencia no lograré recomponer la lista, ni recordar ni uno solo de sus ítems, pero eran todos de

trabajo, de escritura, nada de afectos dejados atrás o de añoranzas. Eran deberes. Como los del colegio, es decir tareas a completar. Leyendo hace poquito el bello libro de David Rieff sobre la muerte de su madre, mi muy querida Susan Sontag, supe que ella se resistió a la muerte hasta el último momento, quería vivir a toda costa y a pesar de intolerables sufrimientos, porque debía, eso es, *debía* completar su novela y terminar ciertos escritos. Entendí entonces que, en esa misma frontera, en ese filo de vida, me agarró una instancia sontagniana y necesité volver para escribir. Por suerte lo logré. Volver. Ahora veremos si logro escribir. Y la pregunta es: ¿escribir qué? Estas mismas breves páginas, por ahora. Y lo que fue e irá fluyendo a partir del momento en que por fin pude retomar la pluma.

ÍNDICE

TODAS LAS PESTES LA PESTE

A manera de introducción 9

INTERIOR NOCHE

2010.....	11
Cuaderno gris.....	13
Lo negro	18
Escritura en movimiento.....	20
Cuaderno rojo.....	28
Cuerpo	31
Diario	35
Muerte.....	41
Cuerpo	43
Anotación al margen.....	44
Pandora	46
Soledad	48
Escribir	50
Recuperación del tacto (Canciones para un pasajero)	54

ENTRETIEMPO

De dónde vienen las historias	65
Mandatos.....	67
Hurga que te hurga	70
Miedo a la muerte	73
	75

INTERIOR DÍA

2020.....	77
Patafísica y pandemia	79
Los colores patrios	84
Un sueño	86
Umbrales.....	88
Umbrales II	89
Modos	92
Cómo hacer amigos (Primer Cuento de la Resiliencia).....	94
De piñatas y otras picardías.....	97
Jopo Rojo con Lobo (Microteatro en cinco escenas con minididascalias).....	99
Perder y encontrar	101
Al alba.....	102
El conocimiento es mi campo de juego	104
Polen.....	105
El exocerebro	107
El cuento perdido.....	109
Con nombre propio.....	112
Acá, desde lejos	114
Codo en tiempos de Covid (Segundo Cuento de la Resiliencia).....	115
Máscaras y más	117
Oros eran los de antes.....	118
Tiempo	120
Teorías conspirativas.....	123
El siniestro Dóctor NoNo (Tercer Cuento de la Resiliencia).....	125
#VamosFILBuenosAires.....	128
201	129
Microrrelatistas del mundo uníos.....	131
Confesión	134
¡No pregunto cuántos son sino que vayan saliendo!	135
¿S & G?	137
Sentido pésame	139
El Tesoro de la Juventud. Los tesoros de la madurez	141

Vientos moderados	143
¿Y por casa cómo andamos?.....	146
Preguntas a distancia.....	148
Plandemia y terraplanismo	150
Escarbat bum bum.....	152
Eस्ताquio	
(Cuarto Cuento de la Resiliencia).....	154
La empatía no es tutía.....	156
Tapabocas y flía	158
La medalla	
(Quinto Cuento de la Resiliencia).....	160
Pandemonia y compañía.....	162
Para todos los gustos	164
Y parió la abuela	167
Muñecos 2 ¡gracias, realidad!	169
Lenguaje como virus o viceversa	170
Polos opuestos.....	172
Nuevos planetas y el Padre Ubú.....	175
Respuestas diversas a diversas entrevistas	177
Cama, mayo 28	180
Los payasos sagrados y el movimiento	
Protege lo Sagrado (<i>Protect the Sacred</i>).....	183
Mad Bear, el viaje	
Mayo 31	185
Bucle en el tiempo.....	187
7 de junio.....	189
El Señor de las Tierras de Afuera	190
Nombres, el nombre.....	192
La hermana de Shakespeare.....	193
<i>Fake News</i> positivas	195
Julio 19, domingo.....	198
Hablando de lo cual... ..	199
Julio 25, retorno a la gitanería.....	200
Julio 29, de vuelos y voladuras	201
El retorno de los virulentos	204
Pachamama en pandemia	206
Navegando la memoria	209

Agosto 22	210
Sueños.....	212
Tres <i>insights</i> de entrecasa.....	213
Septiembre, palabras nuevas	214
Billetera mata galán.....	216
<i>Black lives matter</i> (y las vidas indígenas también).....	217
Cristóbal Colón.....	219
¿Día de qué?.....	222
El Sarspazo.....	224
Octubre 31, todos los <i>Hallowe'ens</i>	225
Dos sueños en una noche que muerde.....	227
Estrella	
(Séptimo Cuento de la Resiliencia).....	229
Una de cal y una de arena	231
Risa	234
La derecha	
(Octavo Cuento de la Resiliencia).....	236
Caminos.....	238
La imaginación al garete.....	241
Hospitalidad y un experimento mental	244
Navidad. Los carriles	246
Entretiempos	248
Elvira contra ElVirus	
(Noveno Cuento de la Resiliencia).....	250
AGRADECIMIENTOS	255

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

